

el **amor**
patético

Rafael Martínez-Simancas

el **amor**
patético

algaida



Primera edición: octubre, 2009

© Rafael Martínez-Simancas, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-277-7

Depósito legal: M-39.079-2009

Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1.	NADA QUE HACER.	15
2.	LA MILAGROSA	27
3.	EL NUEVE ALBÓNDIGAS.	39
4.	LA VERDAD TIENE ESPUMA	53
5.	LA RESPUESTA.	73
6.	EL PLUTONIO	87
7.	NOTICIAS DEL RESUCITADO	99
8.	AQUÍ UN HOMBRE. EL AMOR IMPERFECTO .	111
9.	UNA RELACIÓN ESTABLE.	121
10.	BAJADA DE LA MONTAÑA RUSA	131
11.	MARI-VIRTUS ECHA UNA MANO, ¿SABES? ..	145
12.	CUANDO UNA Y UNO NO SON DOS	167
13.	UN SOLAR PARA GATOS TRISTES	189
14.	SIN QUESO, GRACIAS.	205
15.	UNA DE AMISTAD INQUEBRANTABLE	227
16.	UNA PROLONGADA AGONÍA	243
17.	SEÑALES DE HUMO PARA INDIOS.	257
18.	ES LA REALIDAD, AMIGO.	263
19.	LA ANGUSTIA ERA ESO	273

*Inmensamente triste, nada turba mi vuelo,
ni los rubios crepúsculos, ni los negros desvelos,
ni los blancos armiños, ni los sucios harapos,
ni el aroma podrido de la flores de trapo.*

ANTONIO ESPINA, *Umbrales*.

EL OUDIO ES UN MATERIAL RESISTENTE QUE SOPORTA el paso del tiempo y no se oxida. Utilizando el odio como material se construyeron barcos de guerra que dieron la vuelta al mundo a cañonazo limpio, o mejor a cañonazo sucio, porque nada que mate puede ser higiénico. Hasta dicen que el morro de los cohetes, su parte más dura, está hecho de odio y níquel.

Va a ser cierto porque de mala leche están llenas las páginas de los libros sagrados. A Moisés lo distinguió Dios y ese honor le sirvió para que sufriera las mayores perreñas de la antigüedad. A veces es un coñazo estar tocado por la divinidad, cualquier otro agricultor del Antiguo Testamento se podía apartar a dormir la siesta, pero si eras Moisés la zarza salía ardiendo. Una leche. Y un susto continuo.

A mi amigo Eduardo, cinco años después de roto su matrimonio, el odio lo volvió a unir con su ex, a la que él llamaba de manera bastante descriptiva *mi difunta*. Ella emergía del pasado, echando pompas de aire como un

submarino de la Guerra Fría, igual que una leona aguarda a las presas que sabe que irán a beber al lago antes de que anochezca. Tenía la firme decisión de reclamarle parte de la miseria que le dieron cuando lo echaron de la empresa, eran cuatro tristes pesetas que no le correspondían porque Eduardo hacía tiempo que no tenía trato con ella, ni ganas de volver a enderezar los postes del telégrafo que se cayeron por la tormenta. No había ninguna ropa en su armario que dijera que el adiós había sido reciente, es más, ni sabía dónde podría estar viviendo ella ahora.

Gracias a los humildes cuartos que se iban a repartir —no muchos, vuelvo a recordar—, la mujer de Eduardo se mostraba como su peor enemigo. No hay nada mejor que conocer a alguien de cerca para luego utilizar sus defectos, «tu debilidad es la fuerza de tu enemigo», llegué a leer años más tarde en un libro atribuido a un general chino.

Decía Eduardo, superviviente de un matrimonio hecho astillas y que duró demasiado, que su mujer, en el fondo, era una lanzadora de cuchillos vocacional y él su piloto de pruebas. Podía ser porque al recordarla se le erizaban los pelos como a un jabalí bajo la lluvia. No era miedo sino respeto institucional, aquel viejo acojone que le enseñaron los curas que debía tener al pasar por la capilla a oscuras de su colegio. «¡Ahí quería ver yo a Eric Fromm, no te jode!», decía cuando recordaba el internado en Plasencia, allí dónde pasó más hambre que un personaje de Dickens.

Ya fuera por el odio, parte de la indemnización, o ganas de tocar las pelotas, tiempo después de haberse perdido la pista, Eduardo y Marina se volvieron a juntar en el

despacho de Lucas, el abogado sin complejos. A mí, hombre soltero pero de cierta edad, me parecía curioso que las parejas rotas mantuvieran una relación tan intensa, que se recordaran con tanto rencor el verbo *teromperíalascostillasahoramismo*. Por eso me mantenía al margen de las relaciones con las mujeres, pero no siendo un afeminado; gustar me gustaban, claro. Hasta tenía pensamientos morbosos, pero no estaba por la labor de compartir mi piso con una mujer, y mucho menos consentir que ella dijera qué cortinas se ponen, qué amigos vienen a *mi* casa y qué platos se comen en *mi* casa. La soltería es muy jodida para algunas cosas, pero cuando quieres comer tres días seguidos latas de calamares en su tinta con arroz frío y duro, nadie te lo va a impedir. La libertad consiste en poder comer mal sin que nadie te regañe. Igual es que yo no había encontrado mujeres sino madres, y así no hay evolución del cascarón.

El retorno de la ex de Eduardo me llevó a una reflexión: era como si todas y cada una de aquellas noches que durmieron separados, él le hubiera preguntado mentalmente: «¿Te acuerdas de mí, vida mía?». Y ella le respondiera entre dientes: «Tu cara no se me olvida, cabronazo».

De nuevo aparecía el odio como motor de energía alternativa. Así como acababan de dar con las placas solares, deberían instalar otras placas en las cabezas de la gente que odia, porque esa energía no puede quedar desaprovechada. Humildemente, creo que no.

Lo demás tiene su apaño en una pareja: hasta los marcos de plata con la foto de la boda tienen una segunda

utilidad, quitando la foto, evidentemente. En cambio, el odio, cuidado con él, porque es más fuerte que un huracán, cabe en un bolsillo y no deja marca. Y aunque te vayas de vacaciones, él te estará esperando a la vuelta en el portal.

1. NADA QUE HACER

ES DOMINGO Y ESTOY EN LA DUCHA DEL CUARTO DE baño de casa, me acabo de desequilibrar y creo que me dirijo al suelo a velocidad constante sin nada que me desacelere. En este momento soy la manzana de Newton que se desploma, un cohete que le ha salido defectuoso a la NASA, una golondrina en picado, una piedra sin voluntad. Me estampo sin poder añadir nada en mi descargo como hacen en las películas. Ya me gustaría comparecer ante un tribunal, pero sé que estoy condenado y que el pánico es mi sentencia. Mi cuerpo se tambalea en un equilibrio imperfecto y estúpido porque sabe que la resistencia es inútil y acabaré cayendo tan rápido como en Las Vegas dicen «te quiero». En Las Vegas, si tienes dinero, te pueden amar cuantas veces pagues, pero aquel amor es mentira y esta muerte que viene va a ser dolorosa verdad del verbo *mematojodersinremedio*, presente de indicativo.

Cuando en las reuniones familiares te preguntaban: «¿Niño, qué vas a ser de mayor?», podías proyectar la respuesta a la noche más lejana. El tiempo era tuyo y las

respuestas navegaban en calma, pero ese domingo fatídico me iba a tomar por culo a la mayor brevedad posible. Mi futuro estaba escrito en la planta del pie que resbaló por un suelo húmedo, salía de la ducha como si fuera un mariscal prusiano y ahora me preguntaba: «¿Por qué tanta prisa? ¿A dónde iba yo?». Pena de hombre, si no había quedado con nadie, era una hora muy tonta, de haber jugado el Atlético de Madrid en casa yo estaría con el bocadillo del descanso, en mi asiento de siempre, rodeado de los colegas de siempre. Aquel domingo me había levantado tarde. Al menos me desperté para comer, uno de esos desayunos que se hacen delante del telediario y con la boca cargada de sed.

Continúo con la descripción. Miro a alguna parte para agarrarme, pero no hay nada que me pueda salvar: bañera mohosa, cortinas viejas, un frasco de gel vacío al fondo, paredes de baldosines que un día estuvieron limpios, el retrete a un lado, el absurdo bidé al otro. Me voy, me caigo, en breve sonaré como un pollo trinchado para cuatro, mis huesos adelantan el porrazo y se llenan de calcio a toda prisa: «¡Más calcio, que esto se va a partir!», les escucho a los glóbulos rojos y también oigo el galopar sin sentido de los glóbulos blancos. Todo dentro de mí es una urgencia extrema que no presagia nada bueno. Me caigo, sí, ya lo he dicho, igual que el protagonista del cuento de Cortázar que caía por la ventana sin saber por qué agujero del jersey iba a asomar su cabeza, aquel hombre guillotinado por sí mismo. Me caigo igual, pero con menos literatura, por lo tanto más burdo, menos exquisito, una caída de fardo como cuando los carteros sueltan la saca en el

suelo y dicen: «Ahí va el reparto». Soy un paquete, completamente de acuerdo. El mundo está hecho para que las cosas guarden un equilibrio exquisito, pero cuando te resbalas ya no eres de este mundo, sino del que te espera al caer; ya no eres tú el que actúa, sino el que padece. Estoy entre la ley de la gravedad y lo grave que puede ser su consecuencia.

El tiempo que pasa hasta que caes del todo es lento y se subdivide en pequeños apartados, cada uno de ellos con presentación, nudo y desenlace. Lo breve es eterno porque no acaba nunca, porque sabes que es tu última oportunidad, porque tus células se disponen a despedirse unas de otras como viejos camaradas a los que van a licenciar para siempre. «Adiós, nos veremos, fue un placer, tampoco estuvo mal, ya habrá otra ocasión, quizá en la otra vida, tampoco hay que ponerse tristes, estaba escrito que algún día llegaría esta hora, ha sido un placer, y disculpen si no hemos estado a la altura en alguna ocasión, quizá cuando cogiste la varicela con veinte años. La culpa fue de las defensas que se ocupaban del acné y dejaron un hueco libre para las bacterias. Pero ya da igual, ¿sin rencores?, ¡pues sin rencores, y venga ese abrazo, colega!». Sabía que mis huesos se despedían de los músculos, y ellos a su vez de los tendones y las venas se pusieron más azules porque le habían cogido cariño a ese cuerpo que durante tantos años bombardearon con gran afecto. Aún recordaban el ruido que sintieron por dentro cuando el episodio del primer beso, una locura para las válvulas del corazón que dieron todo lo que pudieron como una caldera acelerada. Unas venas que jamás habían corrido tanto desde los dedos de

los pies a los labios y vuelta por detrás de las orejas donde provocaron desconocidas cosquillas hasta entonces. Esas venas adiestradas que sabían de la llegada de la primavera cuando toda la calle se volvía tentación y deseo.

También caía el alma, en caso de que existiera, y que yo pensé que se refugiaría en un lugar secreto para quedar libre del impacto, para no dañarse, para no entrar en la otra vida con un moratón en la frente. Vale que el cuerpo se magulle, pero la parte espiritual debe guardar la compostura y no vencerse. El alma debe venir guardada en una suerte de caja negra como la que tienen los aviones, un recipiente a prueba de impactos. Solo faltaba que el alma se disolviera con un golpe y que fuéramos polvo sideral. En el cielo deben ser muy mirados con las almas porque nunca he visto a ninguna con la sábana arrugada.

Todo a lo que había tenido cariño —mi colección de discos de los sesenta, maravillosos singles de 45 rpm, las postales de varios lugares del mundo y la colección de películas del Oeste— también se despedía de mí. Y yo de ellas. Supuse que acabarían en el Rastro, en uno de esos puestos que revenden los objetos de los viejos que acaban de cascar. El barrio de Malasaña, a mediados de los años ochenta, alimentaba de muebles a los puestos del Rastro. Cada semana, cinco ancianos se iban por la calle de Alcalá —hasta llegar al cementerio de La Almudena—. Por regla general, sus familiares tenían gran interés por el piso, así que la cómoda, las sillas y la radio de válvulas acababan en un carromato y pagados al peso.

Cada vez más cerca de esas puñeteras letras azules. ¡Mira que había estado millones de veces ante ellas, cuan-

do mingitaba, cuando me lavaba los dientes, cuando no entendía la cara de mi resaca, cuando era el ruido del agua lo que me distraía: ¡*Bellavista!* Una marca escrita en letra indeleble, por mucho vim clórex que le echaras encima, no se iba nunca. Las miré, ellas vieron el peligro de mi sombra, nos cruzamos en el horror. Entonces, a buenas horas wáteres verdes, entendí su significado: *bellavista* era *vayahostia*. Y así fue.

Lo he dicho, me caía.

¿Lo he contado bien? Me iba a matar.

No me importó que el portero entrara en casa, porque siempre había tenido las llaves, costumbres de una casa de vecinos donde nadie es más que nadie. Era un tipo respetuoso y cargado de ceremonias, algo cheli y sentimental. Lo sé por las canciones que ponía en la radio para que subieran patio arriba, con la intención de que escalaran los tejados como el humo del invierno. No todas las canciones eran bonitas, pero sí toda su intención era agradar. Que en una casa de barrio madrileño humilde, zona centro, sonaran baladas aunque fueran de Waldo de los Ríos, era muy de agradecer. Mi portero, que era de derechas, naturalmente, no tenía ni idea de que Lennin quiso democratizar la cultura, ni que él, con su actitud de servicio a la comunidad, lo que hacía era socializar la música. Hay revolucionarios que lo llevan bastante en secreto.

Al respecto de mis restos mortales, el jefe preguntó por mí al día siguiente. Era muy extraño que yo, Jose Antonio Percebal, no hubiera acudido al puesto de trabajo tal y como tenía por rigurosa y puntual costumbre. Jamás,

en mi puñetera vida que se reflejaba en las nóminas de treinta y cinco años como dependiente de la corsetería La Milagrosa, sita en la calle Marqués Viudo de Pontejos, había llegado tarde a la apertura de la persiana metálica. El verdadero nombre de la tienda es Encajes Mayte, pero le llaman La Milagrosa, porque allí uno encuentra de todo. No hay gorda iracunda, o mariquita con conocimientos básicos de punto, que no se vaya con unas bragas que le queden bien, o unas babuchas morunas que huelen a cabrito encerado; y tampoco quisquillosa que no encuentre el tono del color que pretende para ese hilo que le pega al botón que debió de ser una herencia del abuelo.

Sin temor a la vanagloria, podía afirmar que nadie en Madrid sabía de botones como yo. Incluso hacía apuestas con mis compañeros. Solo por la cara que tenían las clientas ya adivinaba qué iban a pedir. ¿No se lo creen? Las más tímidas, las que daban más vueltas por allí, eran las que pedían algún encaje íntimo, no fallaba, y si le hacías preguntas decían que venían a hacer un encargo para una prima de provincias que apenas solía venir por Madrid. Todavía a principios de los ochenta, éramos un caserón manchego con cierto complejo de capital europea, pero venida a menos. Yo de mujeres no tenía ni puñetera idea, pero sí de lo que me podían pedir, quizá porque en la parte comercial las entendía mejor que sus maridos. Las hay que llevan en la cara la necesidad de unos botones nacardos para su bata. Y los hay —a ellos me refiero— que llevan impreso en su rostro la felicidad de bordar en privado lo que no se atreven a reconocer en público, esos que cosen para adentro lo que no pueden gritar para afuera. Es-

paña había salido de la dictadura pero los chistes de mariquitas funcionaban exactamente igual que cuando llenaba las salas Emilio *El Moro*. Eso era: España había salido de la dictadura pero pocos terminaban de creérselo, todavía se le guardaba cierto respeto a las decisiones de los militares, aquello de que Tejero no debía actuar solo, o que tal vez nos lo contaron de forma incompleta.

Lo que encontró el portero debió de ser una carnicería, pero ya no estaba para ayudarle a limpiar el suelo. Lo siento mucho, pero uno no puede estar de cuerpo presente y, a la vez, señalándole al portero dónde tengo el cubo con la fregona. Y la sangre es un escándalo.

Era mi sangre. Era mi escándalo.

Aquello que parecía más oscuro y que costaba más trabajo de limpiar porque se había adherido a la junta de los baldosines era parte de mi cerebro, restos de masa cerebral seca que, visto el desparrame, tampoco debí de ser yo una persona tan inteligente, poquito volumen para todo como había presumido. ¡Qué pena, con la cantidad de cervezas que me quedaban por tomar en la nevera! ¿Esas también se las llevaban al Rastro? De buena gana me habría enterrado con un barril de cerveza, pero luego se habría recalentado en el nicho, un sabor asqueroso, no se puede beber solo, como solía repetir Alberto. Me hubiera gustado decirle al portero que se las tomara a mi salud, pero es que no tenía boca, y en caso de haberla tenido tampoco estaban todos los dientes en su sitio, habría emitido el gemido de un mellado, algo penoso e ininteligible.

Son los riesgos de perecer en un cuarto baño, alguien en Naciones Unidas debería poner a las bañeras en el catálogo de armas de destrucción masiva y a las cortinas de baño en la lista de peores enemigos del hombre. Pero esta es una reflexión que no correspondía a la España de finales de los años ochenta. En esa época, nadie conocía lo que era Al Qaeda, y Bin Laden se paseaba como un turista más por Puerto Banús. Esto lo supe una vez muerto porque conocí a uno de la CIA en el purgatorio, y que debió de ser muy buena persona, porque lo habitual es que gente como él bajara al infierno directamente.

En Madrid teníamos un día de primavera tan bonito, y yo tan muerto, tieso, mojama, *palmao*, palmolive, fiambre, frío, estirado, de rictus perenne, de pata estirada, de boca abierta, de ojos espantados, de manos rectas, de frente sangrienta y dientes desordenados por las baldosas. Hubo uno que no apareció hasta que, cinco años después, el nuevo propietario se puso a hacer obras en la casa. Lo tiraron al contenedor con mucha desgana, igual que hacen con los restos de yeso fraguado y los pedacitos de ladrillo. ¡Coño, es que no hay respeto con los restos de uno! Es mejor ser parte de un tesoro sumergido porque, al menos, te rescatan y lo puedes ver en un documental de la segunda cadena. Puestos a ser una reliquia conviene ser una vasija o un vaso de latón, hueso o diente, nunca.

Primavera en la calle y, en mi piso, consternación de vecinos que se arremolinaban en el descansillo del 4.º B. Yo estaba hecho un asco, igual que todos los que se matan por una causa absurda, me refiero a esos muertos que llevan pegado a su cabeza un bocadillo, como el de los tebeos,

en el que se lee: «¿Por qué yo?». Ninguna parte de mi cuerpo guardaba simetría con las otras, ni había en mí un recuerdo de que aquel cascarón que un día estuvo cargado de vida y ahora rezumaba espanto. Fin de mí. Principio del relato. Los relatos nos son ajenos, es más, se pueden contar aunque uno esté muerto.

